

El tiempo mítico de la infancia en Cesare Pavese y Juan García Ponce

Alfredo Cabildo

Los lugares de la infancia vuelven a la memoria de cada cual consagrados; en ellos sucedieron cosas que los han hecho únicos y los destacan del resto del mundo con este sello mítico.

Cesare Pavese, *El oficio de vivir*

Todas las infancias tienen un mismo denominador que las convierte en lugar común. Son una repetición a través de la cual se afirma el mundo y en ese carácter de repetición se encuentra su sentido mítico.

Juan García Ponce, *Autobiografía precoz*

EL ESCRITOR PIAMONTÉS CESARE PAVESE fue una de las grandes influencias que Juan García Ponce tuvo en su literatura. La huella que este poeta, narrador y ensayista italiano dejó sobre él, se puede notar con gran claridad en varias de las narraciones de la primera época del escritor yucateco, sobre todo en aquello que se refiere al tema de la infancia. Las ideas de Pavese tuvieron una fuerte repercusión sobre su escritura tanto narrativa como ensayística.

Hay que comenzar diciendo que para Cesare Pavese la infancia es la edad de la “conciencia prepoética”. Siguiendo esta idea, la conciencia poética como tal se revelaría solamente cuando el poeta o el narrador adulto es capaz de sacar a la luz en forma de poesía las “relaciones prepoéticas” que sentía e intuía aunque oscura e inconscientemente en el periodo de su niñez.

Cuando el artista descubre estas relaciones de alguna manera sacia, aunque tan sólo imaginativamente, su necesidad de volver a sus orígenes; de tal modo, podría llegar a decirse que la labor del artista, según el poeta piamontés, está encaminada precisamente a recobrar por medio de su obra la unidad perdida. Pavese dice en su diario publicado con el título de *El oficio de vivir*: “...sólo una cosa entre

muchas me parece insoportable para el artista: no sentirse ya al principio.” (Pavese: 1983:21) Una reflexión muy similar puede encontrarse en uno de los ensayos de Juan García Ponce: “La búsqueda de la forma es la que hace al escritor y lo determina. Quizás en él permanece más viva la nostalgia por esa sensación de unidad que se ha perdido junto con la infancia y que todos hemos conocido”. (García Ponce “Biografía y escritura”: 2001: 273) Aquí, el ensayista mexicano entiende el sentimiento de nostalgia de la infancia como una marca que deja su huella encarnada muy particularmente sobre el escritor, pero extiende este sentimiento al resto de la humanidad, convirtiéndolo en un arquetipo inherente a la condición del hombre.

El artista, sin embargo, es uno de los pocos que se atreve a seguir buscando el rastro que conduce a ese territorio desaparecido, comienza a sentir en su interior su llamado y quiere explorar cada vez más esa profundidad íntima, encontrando momentos que tienen una relevancia únicamente individual y que solamente pueden ser comprendidos por quien los ha vivido, ya que como dice Pavese: “...cada uno habrá de indagar, el lento darse cuenta o el fulminante intuir [...]. Indagar en este vivero de descubrimientos retrospectivos [...] este encontrarse prefigurados en gestos y palabras irremediables de la infancia”. (Pavese: 1983: 63)

Cuando el artista se detiene para mirar hacia atrás, esta acción lo conduce a un conocimiento de aquello que está oculto, de lo que se hunde en las raíces más hondas y que se convierte en una revelación, lo que siente y lo que piensa en ese momento ya estaba hecho antes, en un instante antiguo. Todo está contenido en un gesto anterior que tiene el poder del mito y que implica un misterio. El saber nuevo proviene de un pasado lejano y ya había sido configurado antes, como dice García Ponce, en un ensayo sobre

Pavese: "...lo que ocurre siempre ha ocurrido ya." (García Ponce:1991:73)

Según esta visión, también se puede decir que en la infancia la distinción entre el cuerpo y el mundo que se hace tan marcada en el adulto no está todavía presente, el "yo" no se encuentra escindido de su entorno sino que es una parte integral de él. El niño *es*, simplemente, en estado primordial, y por ello está unido con la naturaleza. Muy diferente a lo que sucede con el ser discontinuo que se impone con el transcurso de los años. En sus primeros contactos con lo que lo rodea, el niño se relaciona con su ámbito de la misma forma en que un animal habita en la naturaleza, lo que me recuerda una frase de Bataille que dice: "...todo animal está en el mundo como el agua dentro del agua.". El animal y el niño existen en un estado fundamental que los mantiene unidos con el fluir de la vida, formando parte de



Achachila Illimani

la misma corriente, de esa misma agua que forma los ríos y los mares, transcurriendo solamente, sucediendo siempre fuera del tiempo, ignorándolo, lejos de la muerte aunque mueran, porque están unidos a todo de manera esencial, en un contacto que es una inmanencia, una misma corriente sin barreras, una pertenencia al espacio, a los elementos, todo vive en ellos, a través de sus sentidos, de su cuerpo y, de esta forma, se integran en uno: inmenso y eterno. Pavese también compara la existencia del animal con la del niño, como en el fragmento siguiente de su diario, en el que se refiere a su propia infancia:

...en aquellos años vivías *en el mundo*, becerril y obtusamente, pero en el mundo. Tu yo afectaba, sí, a tus contactos prácticos con el mundo, pero dejaba intacta toda la corriente de simpatía entre ti y las cosas. Después de los veinte tu yo ha salido de

la brutalidad práctica y comenzado a erigirse también en un mundo que había sido hasta entonces de pura contemplación. (Pavese: 1983: 101)

Estar separado del mundo es la marca del adulto que va dejando atrás de sus pasos su propia vida que lo conduce hacia otra parte, hacia el sentido contrario, y por eso mismo se siente irremediamente distanciado del primer hogar, del tiempo en el que no conocía la idea de final, ni la presencia certera de la muerte; fuera del tiempo mensurable y ponderable en el que se tiene que ser útil y productivo, trabajar para existir y de esta forma encajar dentro de la maquinaria social. El artista, el escritor, también está o debe estar en sentido contrario a esa realidad enajenante que casi siempre le cierra las puertas o busca convertirlo en un mero artículo de consumo, servil ante la gran industria de entretenimiento. Por eso el escritor se revela y sólo le guarda fidelidad a su propia necesidad de autoconocimiento y de expresión, porque su búsqueda personal lo obsesiona y es el verdadero sentido que quiere encontrar para su literatura. Entonces, vemos al escritor que ha hurgado entre los escombros de su infancia y logra sacar en su mano una brillante y viva evidencia, eliminando el tiempo: ha encontrado una forma para ir más allá, venciendo las convenciones que dividen el presente y el pasado y que a su vista se muestran como construcciones artificiales, sin sustancia. No es que vuelva a ser niño, ni que se comporte de la misma manera que cuando lo era, sino que ha sabido unir las etapas de su vida en un todo que le permite asomarse a su historia; pero lo que es aún más importante, le permite conquistar para su obra literaria la intemporalidad. En uno de sus ensayos, dedicado a hablar sobre la obra de Sergio Pitól, García Ponce dice unas palabras que sin duda podrían provenir muy bien de Pavese: "...el mundo de la infancia no es un pasado sino un presente constante. De él nacen una serie de contraposiciones que lo enfrentan al mundo de los adultos, dándole a éste el valor de lo incierto, mientras la infancia permanece firme en el terreno de lo seguro, de lo auténtico y natural." (García Ponce "El mundo de Sergio Pitól": 2001: 108)•

Bibliografía

- Juan García Ponce, "Reencuentro con Cesare Pavese" en *Imágenes y visiones*, Vuelta, México, 1991.
———, "Biografía y escritura" en, *Trazos*, Nueva imagen, México, 2001.
———, "El mundo de Sergio Pitól", *Trazos*, Nueva imagen, México, 2001.
Pavese, Cesare. *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona, 1983.

ALFREDO CABILDO SALOMÓN. Actualmente labora en el Instituto de Educación Media Superior del Gobierno del Distrito Federal. Correo electrónico: yassef_cabildo@yahoo.com.mx